

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 7, 1-4.6-7): *El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio.*

Salmo (146, 1-2.3-4.5-6): *«Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados»*

2ª lectura (1ª Corintios 9,16-19 22-23): *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

Evangelio (Marcos 1, 29-39): *Todo el mundo te busca.*

Contemplando pausadamente el evangelio de este domingo se tiene la impresión de que Jesús no guarda para sí mismo ni un solo minuto. Analizando detalladamente el texto encontramos que, en unas pocas líneas del texto evangélico, 18 verbos tienen como sujeto a Jesús, un pequeño detalle gramatical que apunta a una realidad más profunda: la vida de Jesús es una vida vivida para los demás.

Es cierto que hay una escena en la que Jesús aparece solo, rezando. Escena que el evangelista ha colocado en el centro de este pasaje, pues ella no solo sirve como unión de dos escenas distintas, sino que es la clave de todo el relato. Jesús tampoco en la oración se guarda nada para sí. A ella va para escuchar a su Padre, para dar gracias y para pedir por todos los hombres. La oración de Jesús –y la nuestra así debería serlo– nunca es un acto egoísta. La oración es el alma de la actividad de Jesús, en ella se fundamenta su predicación y sus signos poderosos.

Sorprende en este lugar las palabras que dirige Pedro a Jesús: *«Todo el mundo te busca»*. Jesús no busca que lo aplaudan, no busca hacer curaciones sin más, no es un mago con poderes extraordinarios. Las curaciones solo son una expresión de la fuerza y del amor inagotable de Dios para con la humanidad. Por eso, primero hay que predicar, hay que anunciar a Dios. La respuesta de Jesús a Pedro es clara: *«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí»*. La conciencia tan clara que tiene Jesús de su propia misión es ejemplar.

Jesús, solía reunirse con los demás “*creyentes*” en la sinagoga, porque sabía para qué había venido. Y su religiosidad no le impedía compartir su vida con sus amigos, con Santiago y Juan, con Pedro y Andrés... sabía para qué había venido. Y la compañía de sus amigos no le hacía indiferente a las necesidades de los demás, ni la fiebre de la suegra de Simón, ni a las enfermedades de otros, ni a los demonios que aquejaban a otros... sabía para qué había venido.

Y una jornada que debió ser de descanso se convirtió en una intensa jornada de trabajo y curación, no le impidió levantarse temprano e irse a un lugar solitario a hacer oración... sabía para qué había venido. Y la oración no lo distanció de los demás, al contrario, lo acercó más a todos esos que lo andaban buscando... sabía muy bien para qué había venido. No se quedó quieto en la tranquilidad de su hogar, no se estableció en un solo lugar ni abrió un despacho para atender a los que llegaban a él: *«Vamos»* ...y *«recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas»*. Para eso había venido. Esa era su misión.

Pablo también sabe para lo que ha venido: *«se me ha confiado una misión y ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!»*. Se siente feliz de poder predicar el evangelio, y de hacerlo de manera gratuita. Él, que era un hombre libre y que amaba de verdad su libertad, se hizo todo a todos para ganarlos a todos para el evangelio. Para eso había venido, esa era su misión, y poderla llevar a cabo era la fuente de su mayor alegría.

Regresemos ahora a la escena primera de este evangelio: la curación de la suegra de Pedro. En la primera línea el evangelista, como de pasada, nos dice quién está con Jesús en este momento: sus primeros cuatro discípulos. Detalle que es muy importante porque ellos acaban de matricularse en la escuela del discipulado: todo lo que hace y dice Jesús va especialmente destinado a ellos.

La secuencia de verbos que describe la actuación de Jesús con esta mujer es, de nuevo, admirable: se acercó, la tomó y la levantó. Estos verbos deberíamos conjugarlos con mucha frecuencia: acercarnos al otro, hacernos próximos, ayudar a levantar a los caídos, colaborar para que muchos recobren su dignidad... El evangelio dice que la suegra de Pedro, una vez curada, se puso a servirlos. Seguro que nadie se lo pidió: el amor engendra amor. Se sintió querida y su respuesta fue una forma de devolver el amor recibido de Jesús.

Los seguidores de Jesús, cada mujer y cada varón que nos confesamos cristianos, tenemos que aprender a asumir y vivir con un proyecto (misión): personal y familiar; social y educativo; económico y político; pero también con ese inmenso y maravilloso proyecto que es el mismo proyecto de Jesús: anunciar con palabras y obras la buena noticia del Reino de Dios.

Hombres y mujeres del evangelio. Hombres y mujeres seducidos por el evangelio y transformados por el evangelio. Hombres y mujeres que, más allá de sus palabras, son testigos vivos de Jesús es la buena noticia que sana y salva. Hombres y mujeres que asisten a las reuniones de oración. Hombres y mujeres que saben compartir la vida con amigos. Hombres y mujeres sensibles al dolor y a las necesidades de los demás. Hombres y mujeres que salen y van por todas partes anunciando la buena nueva, porque saben que, al igual que Jesús, su Señor y Salvador, para eso han venido.